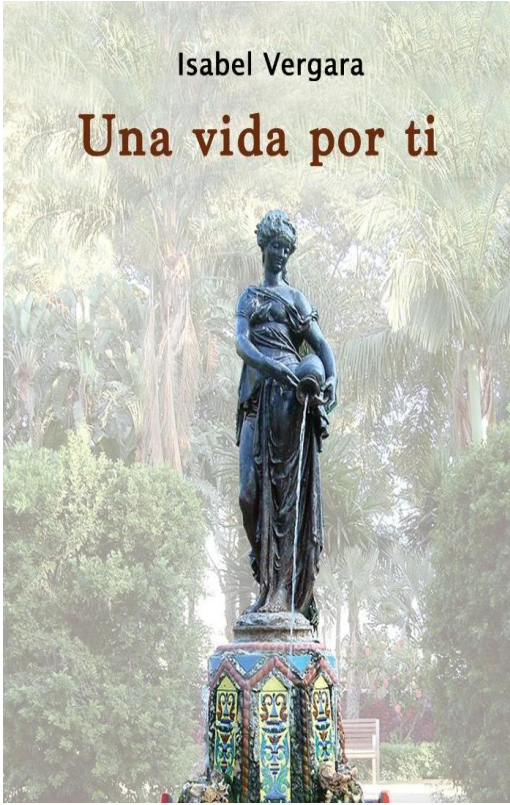


Isabel Vergara

Una vida por ti



En muchas ocasiones nuestra forma de actuar puede ser consecuencias de hechos ocurridos, con o sin premeditación, a nuestros antecesores. Causas que, como el efecto dominó, van de unos a otros actuando sobre nuestras familias de generación en generación, hasta llegar a nosotros. Pudiendo alcanzar incluso a nuestros inocentes descendientes, marcándoles también su propio destino.

PRIMERA PARTE

Una bonita mañana del mes septiembre iba paseando, me gustaba hacerlo en ese momento del día en el que para mí, caminar se convierte en un fresco placer matutino. Conforme me acercaba a la rotonda que está situada en la avenida de Carlos Haya, justo frente al hospital, la vi. A veces se ve gente pidiendo en la calle, sin embargo ella me pareció distinta a las demás, había algo en su cara que la hacía diferente. Vestía como lo hacen casi todas en su

caso; con ropa sucia, descolorida y mal cuidada. El pelo recogido en la nuca de cualquier manera, sin importarle en absoluto su aspecto. Estaba muy delgada. Llevaba una rodilla vendada, una muleta en una mano y la otra extendida para recoger las monedas que la gente le fuese dando. Era la primera vez que la veía.

– Otra desdichada pidiendo– pensé. Estaba situada justo al lado del semáforo por donde yo debía cruzar. Cuando me acerqué me miró, no me pidió nada. Solo me dedicó una sonrisa. Quizás fue eso lo que la hizo diferente ante mí. Sí, eso y lo joven que era, casi una niña.

Después de verla no se me borró aquella sonrisa de la cabeza. Tentada estuve de volver, de preguntarle qué la había llevado a ese estado de dejadez, a vivir en la calle siendo tan joven. Sin embargo, desistí. Mientras caminaba los recuerdos se agolpaban en mi mente. Yo tendría su misma edad cuando decidí dar un giro a mi vida. No era feliz, a pesar de tenerlo todo, o tal vez por eso...

Después de avanzar un trecho el deseo de retroceder creció en mi interior y volví sobre mis pasos.

Conforme me acercaba a aquel cruce me temblaban las piernas. Miles de preguntas se agolpaban en mi mente

¿Cómo la abordaría? ¿Qué pensaría ella al notar mi interés? ¡Yo, que no la conocía de nada, iba a inmiscuirme en su vida! Aún así, respiré hondo y llegué hasta el semáforo, pero no la vi. Ya no estaba allí. Me culpé por no haber vuelto antes, la primera vez que lo pensé. Seguí caminando calle abajo cuando me percaté de que estaba sentada en un portal. Al volver a verla me dio un vuelco el corazón y una sonrisa afloró en mi rostro. Sin dudarlo me acerqué. Pensé mientras lo hacía, que no era algo corriente, acercarse así a una persona desconocida. No me importó...

—Buenos días, perdona no quiero molestarte, pero voy a desayunar y he pensado que a lo mejor a ti también te apetece. Es en un bar cerca de aquí.

Ella me miró con esa cara entre desvalida, cansada y sorprendida.

— ¿Está segura de que no le importa que la acompañe? ¡Por mi encantada! Hace días que no tomo nada caliente.

— ¡Pues vamos, ven conmigo! Yo me aburro si desayuno sola ¿Qué le ha ocurrido a tu pierna?—le pregunté mientras nos dirigíamos al bar, un poco por curiosidad y al mismo tiempo para trabar conversación con ella.

—Tuve un accidente.

– ¿Un accidente de moto... coche?

–No, no de esos. Es una larga historia que me gustaría olvidar.

–Ya, bueno no te preocupes todos tenemos historias para olvidar. Pero creo que para borrarlas de la memoria primero las debemos de contar, pues es la única forma de sacarlas de nuestro interior. – Le contesté mientras nos sentábamos en la terraza del Martinete. Ella no dijo nada, solo me miró. Entonces decidí cambiar de tema, no fuera a pensar que yo quería que me contase algo que ella no deseaba.

–Ni siquiera nos hemos presentado. Me llamo Diana. – comenté.

–Yo, Irene–respondió.

–Que nombre tan bonito, cuando yo era pequeña tenía una amiga que se llamaba igual y me encantaba.

– ¿De verdad...?

– Sí, siempre me ha gustado ese nombre.

Mientras desayunábamos me contó que no era de Málaga, que había llegado a la ciudad por cosas del destino,

aunque no me dijo nada más, yo tampoco quise interrogarla. Se comió el pan tostado con tantas ganas que le pregunté si le apetecía repetir, ella me miró con aquella sonrisa que le iluminaba el semblante y me contestó que se sentía satisfecha.

Aquella expresión que alegraba su rostro no era precisamente de felicidad, se debía a la fisonomía de su cara. Sus ojos delataban tristeza.

Al acabar me dio las gracias y se marchó. Yo quería retenerla pero no supe de que manera, de modo que la dejé ir sin poder hacer nada al respecto.

El Martinete es un bar que está situado a medio camino entre el hospital Carlos Haya y la gasolinera de las Chapas, ella se fue hacia el hospital y yo dirección a la gasolinera. Apenas había andado unos metros cuando me giré, la vi caminar despacio calle arriba apoyando su cuerpo menudo en la muleta.

Las dudas me asaltaban, volví a preguntarme si esta chiquilla sería aquella que un día nació de mí y que me arrebataron a las pocas horas. Al principio me ocurría con las niñas que me recordaban su edad, luego con las adolescentes y ahora con las jóvenes. Aunque no con

todas sentía lo mismo. Sólo algunas al mirarlas me daba un vuelco el corazón. Luego la razón volvía a imponerse para darme cuenta de que lo más probable era que no la encontrase nunca. Podía ser cualquiera, estar en cualquier ciudad. Sin embargo yo no perdía la esperanza de encontrarla.

La observé desde la distancia y vi como un chico se le acercó, trataba de abrazarla, ella le rehuía aunque él insistía. Decidí seguirla. Pensé que podía necesitar ayuda. Se pararon justo en la rotonda del hospital, en el semáforo donde yo la encontré aquella misma mañana. Cuando llegué a su altura no me vieron, aunque yo los oía discutir.

–Ya te he dicho que me dejes en paz, no quiero volver contigo, no quiero ni verte.

– ¡Estás loca si crees que vas a salir adelante sin mi ayuda! Mírate; estás herida, andrajosa y sucia. No tienes dinero, no puedes ir a ninguna parte. Nadie te ayudará en esta asquerosa ciudad de pijos hijos de puta.

–Ese no es tu problema. Por tu culpa estoy así ¿Quieres hacerme aún más daño?

Pude observar que el muchacho estaba ebrio; le costaba tenerse de pie, se tambaleaba continuamente. Vestía igual

que ella, de harapos, y también llevaba días sin ver una ducha. Me acerqué aún más, tenía que pensar muy bien lo que iba a hacer para no desatar la furia en él, pues aunque parecía débil, era joven y en su estado de embriaguez podía ser capaz de cualquier cosa.

–Vamos no te hagas de rogar más tía. Málaga es una mierda, he llamado a mi colega y pronto llegará, nos iremos los tres a otro lugar.

– ¡Ya te he dicho que no! No quiero irme contigo.

– ¿No?... ¿Y quién crees que lo va a impedir?

Mientras decía las últimas palabras la agarraba fuerte por el brazo, ella intentaba zafarse. No me apetecía para nada enfrentarme al muchacho en aquellas condiciones, aún así, pensé que era el momento de actuar.

–Hola–dije lo más sonriente que pude, intentando aparentar calma– ¡Ya estoy aquí! Vamos rápido que tengo cita para que el médico te mire esa pierna.

Justo en ese momento cambió el semáforo, yo eché a andar, el chico la soltó, y ella me siguió sin decir nada, aunque la noté tensa se dejó llevar. El muchacho se quedó

inmóvil, sorprendido, aunque no opuso ninguna resistencia.

Las dos caminamos los metros que faltaban para alcanzar el hospital sin atrevernos a mirar para atrás hasta que estuvimos en la puerta de urgencias, entonces nos dimos cuenta de que no nos había seguido. Nos miramos en silencio, yo le sonreí y ella se puso a llorar. Le pedí que se dejara ver por un médico ya que estábamos allí, pues la herida le sangraba por encima de la sucia venda.

Después de esperar durante un largo rato, el médico nos atendió amablemente. Cuando le preguntó que le había sucedido, ella contestó que se había caído sobre unos hierros al pasar cerca de una obra. Él me miró y yo aparté la vista porque no sabía si la chica mentía o decía la verdad. Una vez le hubo curado y vendado la herida, salimos de urgencias y volvimos a bajar por la Avenida de Carlos Haya, las dos caminábamos en silencio, yo esperaba que me dijese quién era aquel chico y qué había ocurrido entre ellos. Ella permanecía en silencio.

–Bueno ¿No piensas contarme nada? Creo que merezco una explicación.

Me miró muy seria, luego comentó.

–Supongo que sí, lo que ocurre es que ahora no me apetece hablar.

–De acuerdo, no voy a forzarte, aunque me gustaría saber quién es ese chico.

–Lo siento, no deseo hablar, solo puedo darte las gracias por tu ayuda, quizás en otra ocasión me apetezca conversar contigo, hoy estoy muy deprimida. Si me disculpas...

Al terminar la frase aceleró el paso, cruzó a la otra acera y se marchó. Me sentí contrariada, pensé que aquella muchacha no estuvo a la altura de mis sentimientos; yo le había demostrado cariño, amistad... en cambio ella mantuvo una muralla entre las dos. Aunque también sabía que ayudarla no me daba ningún derecho sobre ella, después de todo no nos conocíamos de nada y yo le sacaba unos veinte años. Al mismo tiempo me decía a mí misma que yo había hecho cuanto pude y no podía hacer más.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

